



SUR
DOMINICAL

Domingo 11 de diciembre de 1988

*Historia de la vida del cantante
a través del libro que recoge sus memorias*

Los intensos 45 años de Julio Iglesias

**María Victoria
Mandly
recupera en
sus paisajes
un paraíso
perdido**



Un tenue estallido de serenidad

María Victoria Mandly, la artista que recupera en sus paisajes un paraíso perdido

Texto: José Mayorga

Fotos: Salas
—¿Cuáles son, María Victoria, las vías que recorre tu pensamiento para que tus cuadros se llenen de esa pintura que «escandaliza» por su serenidad? ¿Dónde están esos paisajes?

—¿Mis rutas del alma para encontrar esos paisajes?

—Sí.
—Están en la nostalgia y también en la aspiración a lo mejor, a encontrar un mundo más habitable.

—¿No te gusta este en el que estamos?

—Lo acepto, pero quiero mejorarlo.

Y lo consigue. María Victoria Mandly posee la fórmula feliz para atrapar la atención, el interés y la admiración —rendida, sin condiciones— de todo el que conoce sus pinturas, porque en ellas se cuenta, de forma pictóricamente literaria, una leyenda. Allí se pueden situar románticas heroínas y tal vez pudieran servir para que cobraran vida las fantasías amorosas de tanta mujer de pensamiento, de hechuras, de tendencias idealistas como hay atrapadas en las páginas de muchas novelas de la especie. Aquí, en los plácidos regatos de estos ríos que galantemente ciben árboles de bosques de ensoplación, aquí están bien esas heroínas. Son paisajes para la literatura. Pero también son paisajes que pueden emprender la huida de los posibles libros que pudieran ilustrar para ir, finalmente, a posarse en algún lugar del mundo.

—¿Dónde los dejarías caer? —Sin dudarlo, en Inglaterra. Los he visto allí.

—¿Son copias entonces? —Creaciones y recuerdos.

Pinta, así, con lo que deberíamos decir memoria inteligente, recuerdos matizados, nostalgias creativas. Los ha visto allí, en sus cuatro —por el momento— viajes a las islas de las brumas y el verdor; a aquellos lugares en los que habita la altiva grey británica que tal vez deba esa peculiar geometría anímica al hecho de haberse poseedora de un entorno geográfico donde la naturaleza ha triunfado del loco desequilibrio ecológico que hoy se estila, triunfo debido al empeño de los moradores de esa tierra en conservarla habitable. Ahí está el corazón de María Victoria. También en Málaga, de eso no hay que dudar. Lo tiene, incluso, escrito, porque un día sintió la necesidad de recuperar su infantil paraíso perdido:

—Desde la ventana de mi dormitorio veía a lo lejos el campo de maíz, con sus mazorcas de rubias y pelirrojos penachos, entre el olivar y la huerta. Es fácil recordar el picor que producían sus hojas al rozar la piel en el calor del verano y a cualquiera de mis viejas muñecas irrestiblemente bellas cuando les colocaba la rubia cabellera robada a una mazorca, sujeta con un pañuelo a la cabeza. Los sedosos hilos se desbordaban por sus hombros. Tenía el único inconveniente



María Victoria Mandly, en pleno trabajo

de lo efímero, pues apenas recién cortada perdía su lozanía, pero era hermoso mientras duraba.

Las palabras anteriores, entrecomilladas. Reproducen, con leves matizaciones de puntuación y pluralización de algún inconveniente singular —lo singular es ella, María Victoria, a la hora de hacer realidad lo que sueña, de transformar la realidad en sueño evanescente)— reproducen, esas palabras, un escrito de la pintora que retrata, con esas bellas palabras, bien alineadas y convenientemente combinadas en una gradación rítmica ascendente, un ejemplar encabalgamiento metafórico, retrata el relato —ya se puede decir, finalmente— ese antes aludido paraíso infantil perdido. Es céntrica angular en el edificio anímico de M. V. M., porque en el centro de esta evocación se encuentran algunas de sus más eficaces claves. Habría que decir que pinta con realismo lo que la evocación romántica le sugiere o, a la inversa, que realiza plásticamente de forma romántica lo que la evocación realista le sugiere. Pero no es ni lo uno ni lo contrario. Su pintura es personal, singular, equidistante, ilusionada, evocadora, desencajanante de esas sublimaciones literarias de las que ya se citan antes concomitancias y que nos hacen pensar, en María Victoria, como en una especie de pintora «omnisciente», remedo o paráfrasis de lo que en los credos literarios se conoce como «es-

critor omnisciente» de lo que el invento debe adjudicarse a Flaubert y la mejor adaptación hispana a Clarín, ambos escritores que son creadores de heroínas, Emma y Ana, que podrían pasearse —antes se apunta— saltando amarras de sus sueños por los paisajes que salen de la mano, de la paleta, de los colores sobrios que sabe mezclar tan bien la auténtica creadora —por dos veces, al escribir, además de al pintar, aunque sus teleros hasta ahora se reduzcan a la unidad— que es María Victoria. Pero, al argumento.

Sorprendente serenidad

Lo de pintora omnisciente quiere decir que se establece en el centro de sus cuadros y entonces el paisaje que aparece después de las pinceladas precisas es el resultado de un conocimiento previo de la perfecta ordenación del mundo que le interesa, además, está su intención moduladora, rectificadora y recuperadora de la prioridad que se presenta como válida ante su pensamiento. De este proceder —dos tendencias o tensiones— nace la equidistancia después de una aventura, un episodio, de pugna interna. Sabe como es, como le gusta que sea. El resultado es que lo domina desde la esencia. Está presente en todo el proceso, no se deja llevar por lo que podría decirse —una vez más unimos las constantes de dos maneras de comunicar, la literaria y la plástica— la

pintura automática. No anula esto la inspiración creativa, pero la sitúa en su punto crítico de eficacia de forma que las elisionancias están dominadas y las redundancias asumidas. El resultado, una vez más, es esa pintura que sorprende por su serenidad. Un atemperado estallido de serenidad.

—Interesa saber, fuera de tu pintura, tu carácter en la vida real.

—Creo que soy realista y práctica; tal vez, incluso, enérgica. Soy del signo de aries.

Tenaz, si es lícita la explicación. Atenta al modelo en sus peculiaridades, sabe bien que la naturaleza es moderadamente cromática y por eso su paleta se mueve en una gama de mínima diferenciación pero a la que sabe arrancar toda la expresividad que hace de ella una dominadora de la pintura desde el punto de vista técnico.

—¿Son intemporales tus paisajes?

—Lo que sé es que en la campiña inglesa se ha detenido el tiempo.

Y así parece hacer cuando salen de sus pinceles unas arboledas sugerentes de armonías que están ya, por la fuerza de la creación, lejos del tiempo como también se han situado a trasmano del espacio. Lo que ocurre es que en esta materia se ha sabido constituir la artista en maestra que domina con eficacia y sabiduría el tema en toda su dimensión. Puede así planear con soltura sobre los datos y dotar al inspirado pincel de la carga mínima precisa para que la tela re-

produzca con obediencia su idea en la que brota, finalmente, un átomo de inmortalidad. Un paisaje de María Victoria Mandly es ya una realización concreta que resulta clásica, necesaria por la ingravidez de la realización para argumentar sobre las tonalidades de la sinfonia armonizadora que pueden interpretar los creadores cuando tienen esta validez, esta eficacia, esta tenacidad y aquella capacidad de matizar el detalle que descubrimos como cortejo de cualidades que acompañan a la artista. Una artista evocadora, ordenadora del recuerdo, capaz de elaborar sobre el cuadro el paisaje con el que nos enseñamos a soñar con un mundo mejor que ella primero vio, después perdió y a la postre con su pintura recuperó. No es un modo de hacer efímero, como decía de sus muñecas cuando les colocaba sugerentes pelucas de aquellas mazorcas «de rubios y pelirrojos penachos» de su infancia feliz. El suyo es un sistema creativo sólido, denso, eficazmente asentado en el constante ejercicio

—al menos cuatro o cinco horas de diario pintar— y en la permanente asimilación de la materia luminosa en la que, en manos de todo buen artista, se muta el motivo. Porque lo que ocurre con su pintura —decirlo a la postre es obligado— es que encanta por ser de calidad.

La que puede hacer aquel a quien hemos dado en llamar, para entendernos, creador. Que es, en este caso, gentil creadora, artista en suma: María Victoria Mandly.